MEMORIA PERDURABLE

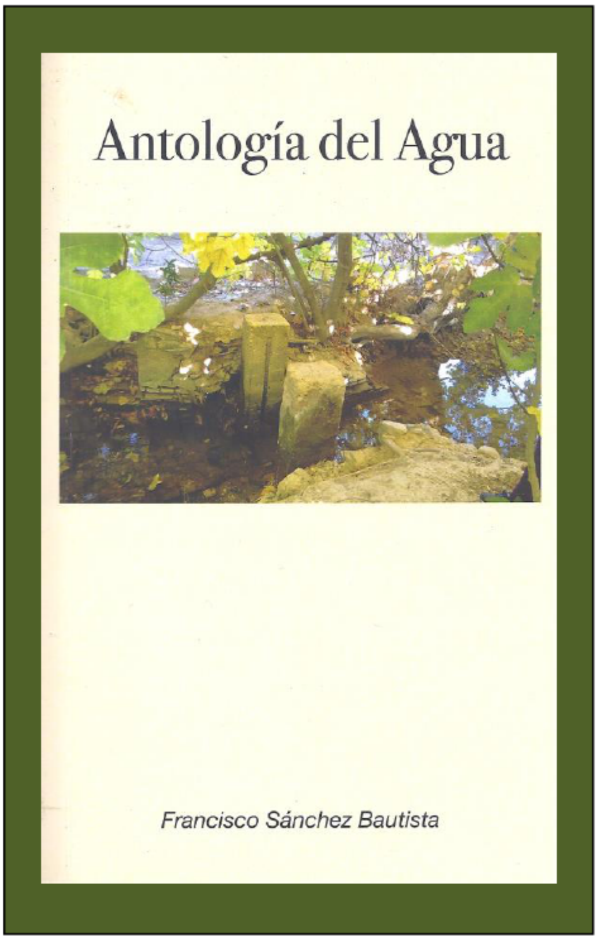
Especial La Voz de Fortuna DICIEMBRE, 2019

Antología del Agua

Francisco Sánchez Bautista (Llano de Brujas, 1925) es definitivamente el más fértil poeta murciano de la naturaleza y del paisaje, y una buena prueba de ello la constituye la *Antología del agua*, que en edición de Manuel Bravo Martínez, acaba de publicar la Asociación Cultural que lleva el nombre del poeta en su pueblo natal. Una expresiva fotografía del partidor centenario de la acequia de Benetucer, en Llano de Brujas, ilustra la portada de un libro nutrido por su mejor poesía del agua, desde las sedientas composiciones de *Tierras de sol y de angustia* (1957) a los espléndidos endecasílabos de su *Ángel de lluvia* de *Rondó caprichoso* (2017). Sesenta años de dedicación a la poesía obsesionada siempre por el agua, ese bien natural que tan necesario es para la vida.

Es interesante observar al leer estos versos eternos (algunos de ellos son muy conocidos porque figuran en todas las antologías) que siempre, en sus palabras, existe una pasión por la vida simbolizada una y otra vez en el agua: el agua como generadora de existencia y vertebradora de progreso, el agua como mítica referencia que sobrepasa los límites de la realidad para integrase en un espacio alegórico en el que vida y pasión se establecen como argumentos de tantos poemas hermosos. Brazal, azarbe, acequia, regadera, río salutífero y caudal, rocío, niebla, lluvia, frente a secos barrancos y áridas laderas asoladas de los campos sedientos, rastrojos y llanuras como fraguas ardientes…

Las angustias del sol de las tierras láguenas comparten páginas con las fluviales praderas de las fontanas de la huerta frescas y feraces. Los sonidos del silencio de la desolación y el desamparo se combinan con los verdecidos rumores familiares de las acequias y las fuentes cercanas. La ansiedad del agua ausente se transforma pronto en el entusiasmo del gozo del frescor vital del río y sus afluentes. Las cañadas sedientas dan paso a los prados fecundos, a los fértiles árboles y sus prometedores frutos, a la «lluvia cernida que a las raíces cala / y humedece y esponja el duro suelo».



Uno de los prologuistas del libro, Iñaki de Verástegui, escribe que «gracias al poeta el paisaje se ha hecho inmortal, universal», y tiene mucha razón al afirmarlo así porque Sánchez Bautista es un poeta testimonial y en sus versos no solo recoge el sentimiento de una naturaleza y un paisaje (los suyos, campo y huerta de Murcia) sino que transmite con ellos la verdad de una existencia de muchos que le precedieron, habitantes del mundo rural cercano. Sus poemas consiguen que las palabras, las castizas voces que Sánchez Bautista atesora en sus composiciones, trasciendan de la realidad y del presente para convertirse en testimonio para generaciones. En todo esto se fundamenta la vitalidad y la riqueza de una poesía fascinada, y esta antología lo prueba fehacientemente, por lo más importante para la vida y para la tierra: el agua. Isabel Martínez Lorente, en otro de los prólogos del libro, pone de relieve la trascendencia de esta poesía cuando afirma que «en Sánchez Bautista la palabra nombra la esencia del tiempo, no por lo que dice, ni por lo que sugiere, sino por la honda belleza del espíritu que le confiere a cada idea dentro del magnífico caleidoscopio del poema bien hecho, lúcido, auténtico, genuino». Como decíamos, testigo de verdad y de vida, de convivencia con la naturaleza en un paisaje con figuras, la de aquellos que poblaron y pueblan campos y huertas, la de todos los que vivieron y viven la naturaleza cada día y cada hora. Porque Sánchez Bautista es ante todo notario de una realidad que se ha trasformado con el tiempo y que ha sufrido generación tras generación muchas sombras y tristezas, pero también numerosos gozos y alegrías. El poeta de la Arcadia perdida revive en todos estos poemas la razón para existir y detectar carencias y limitaciones que impuso sistemáticamente un mal entendido progreso.

Por eso parece un acierto que al final de los poemas escogidos en esta antología se hayan recopilado también algunos pequeños ensayos o artículos en los que Sánchez Bautista denuncia desmanes y atropellos y defiende la limpieza y la autenticidad de su Arcadia, reencontrada en la palabra poética de tantos excelentes poemas aquí reunidos. Evocaciones, reflexiones e incluso leyendas en torno a lo que con el agua se ha hecho en esta región y en torno a lo que se hubiera podido hacer. En el fondo, el buen romántico que Sánchez Bautista lleva dentro deja sentir su veta social y su ímpetu ético para mostrar su indignación ante ese mundo de sombras que ha sido entre nosotros la gestión del agua.

Francisco Javier Díez de Revenga
Catedrático de Literatura Española y Profesor Emérito Honorífico. Departamento de Literatura Española y Teoría de la Literatura y Literatura Comparada. Universidad de Murcia

SÁNCHEZ BAUTISTA ES EL CANTOR DEL AGUA

Amigos del poeta Sánchez Bautista componen la asociación cultural que lleva su nombre. Le han editado un libro/antología. Y en la portada espejea el partidor de la acequia de Benetucer, en Llano de Brujas.

Engolfados con sus versos, recibimos sensaciones opuestas. A cada "angustia de sol» le sucede, pintándola de huertana acuarela, el consuelo de un agua nueva que redime (a borbotones) una sequedad tan horrenda que respira fatigosa y acojonada por la «atroz calentura». Mientras que una página te quema, la siguiente «con rumores de acequias te despierta".

Sucede por tanto que, si decides viajar por estos folios, te toparás con la de cal («se abrían los campos / en profundas grietas / exhalando un vaho / de lavas sedientas»), pero también con la de arena ("¡armonía, armonía! ¡Canta el río en la verde ribera"). Y es, ya digo, como si la dulzura del tomate amortiguara lo salobre del bacalao o el tierno grano del haba rebajase la saladura del atún de ijá.

O sea: "Blanquean / barranqueras y cerros / como un cadáver mondo. Enloquecen cigarras. / Caen de lleno / desintegrantes soles. / El aire es un incendio". Pero a renglón seguido: 'Ya está cayendo el pan del cielo. / Lluvia cernida que a las raíces cala / y humedece y esponja el duro suelo".

Leo la carta que me manda Paco, en papel de color cantonal huertano. Distracción para la vista constituye su caligrafía de escribano orfebre, pues adorna con rabos airosos las letras que se prestan, como la 'g' de Segura, la 'T' de Tajo o la 'B' de Brujas. Alude a los que han promovido esta Antología del Agua: "Ellos, como yo, son tataranietos de agricultores, por tanto han sufrido todos los bienes y males de los que siempre han vivido pegados a la tierra. Y, mira por donde, sin pensarlo, coincide con el 40 aniversario del Trasvase Tajo-Segura".

El jodío de él (cuando le entra la risica, se le hacen ojillos los ojos) camina ya en la carola de los 94. Le mando el presente de unos versos de Pedro Soler, el amigo verónico que ambos compartimos: "Yo sé lo que es amar, / porque he visto tu amor".

GARCÍA MARTÍNEZ
La Verdad, 13 abril 2019

Acequia de Benetucer
(WIKILOC. Ruta de las acequias de Murcia)

La historia de la región de Murcia es la historia del agua, sacar el máximo partido de los raquíticos caudales disponibles. Durante siglos, milenios incluso, la divisa en esta tierra ha sido aprovechar hasta la última gota de las escasas precipitaciones e idear sistemas para atraer, preservar o extender todo lo posible su vivificadora presencia. Los musulmanes recogieron la tradición hidráulica romana y realizaron acueductos, qanats, cisternas, albercas y acequias que llevaban la impronta de aquella civilización.

A imitación de Roma los árabes situaron sus grandes cisternas en las afueras de las ciudades, conduciendo el agua, como habían hecho los romanos ocho siglos antes, por acueductos y canalizaciones a casas particulares, baños y jardines. Pero fueron un paso más allá: conferirían a las huertas de las vegas del Segura la fisonomía con la que serían conocidas durante siglos.

denominaciones sucesivas de Barreras, Alfande, Benicotó y Benicomay, regando Javalí Nuevo, Alcantarilla, Aljucer, Beniaján, Torreagüera y Alquerías.

El complejo sistema de acequias y azarbes de la huerta de Murcia semeja al aparato circulatorio del cuerpo humano: dos grandes acequias toman el agua directamente del río, repartiéndolas en cauces progresivamente menores (hijuelas, brazales, regaderas), hasta llegar a cada uno de los bancales de la huerta. A partir de ahí, las aguas sobrantes se recogen en cauces que se van haciendo progresivamente más grandes (escorredores, azarbetas, azarbes y azarbes mayores) hasta desembocar de nuevo en el río.

Para el que quiera conocer algunas zonas de estas, debemos acercarnos a la FICA, detrás del Auditorio Víctor Villegas, donde hay un gran parking y allí dejamos el coche.

Restos del Molino Bajo de la Pólvora o de los Canalaos sobre la Acequia Mayor Aljufia, entre Guadalupe y Rincón de Beniscornia

Las acequias mayores de la huerta de Murcia tienen nombres genéricos, que designan tan sólo el lugar geográfico del que proceden, en relación al río: Aljufía (Norte) y Alquibla (Mediodía). Estas se ramifican en unas 40 acequias menores, que van proporcionando agua, dividiéndose en una constante ramificación, a todos los territorios. Aljufía y Aquibla son las dos acequias mayores que parten desde la Contraparada y después de estas van saliendo otras acequias más pequeñas que las llamaban hijuelas, después los brazales, las regaderas… y de ahí a los bancales, que son los trozos de tierra donde se siembra.

La acequia Mayor del Norte o Aljufía tiene una extensión de unos 27 kilómetros, aunque toma distintas denominaciones en función del terreno por donde pasa –pasando a llamarse, sucesivamente, Benetúcer, Benefiar, Benizá y Beneluz– y regando localidades como Javalí Viejo, Guadalupe, La Ñora, La Albatalía, La Arboleja, Puente Tocinos, Llano de Brujas o El Raal. La acequia Mayor del Mediodía o Alquibla, de 22'5 kilómetros recibe las

Seguimos por la mota al lado del río Segura, Camino Orilla del Río, por el margen izquierdo, sobre la Acequia Caravija de 5.267 metros que termina en la Acequia de Benetucer por donde volveremos después, apaciblemente seguimos por el camino hasta llegar a la depuradora, al pasarla cogemos un pequeño paso hacia el carril Rincón de San Antón, ya sobre la acequia de Benetucer (6741 metros), la principal protagonista. Pasamos por la Vereda de los Zapatas, Vereda de la Barca, Carril Salazar, al lado de la acequia. Hasta conectar con el Camino Acequia de Benetucer que termina en el Carril Trenque de Don Payo (a nivel donde se une a la acequia Caravija antes nombrada), cuando llegamos al camino de Enmedio se soterra para entrar en Murcia y atravesarla por el subsuelo, giramos por la Avenida Miguel Induráin para volver al coche que tenemos en la FICA. Unos 12 Km, unas 2 horas y 15 minutos, con abundantes paisajes y paradas para fotos.

DIRECCIÓN Y CONSEJO DE REDACCIÓN
La Voz de Fortuna

EL DIABLO BURLADO

NUNCA llegó a figurarse el Diablo lo que habría de ocurrirle 50 años después con la mujer de Blas Foronda, cuando este se presentó en el Campo de la Matanza a reclamar lo pactado con Blas en una noche de juego en el casino del Balneario de Fortuna, donde fue a tomar las aguas medicinales para aliviarse de unas reúmas corrosivas; y, con tan mala racha, que perdió a las cartas hasta el último céntimo. Pues más se dio al juego que al enjuague.

Ilustración de Fulgencio Saura Mira

Por el carril que conducía hasta su casa, vio no sin asombro, acercarse tres señores impecablemente vestidos de negro. El caballero que iba en medio, un poco más espigado, lucía una fina perilla y un peinado, especie de tupé doble, que semejaba dos cuidados cuernecillos; los otros dos, un poco más medianos, portaban un reluciente maletín cada uno. Los tres eran bien parecidos, morenos y de cara alargada.

Blas hacía visera con la palma de la mano, sin salir de su asombro, pues en todos los días de su vida había visto por aquellos pagos del Campo de la Matanza a visitantes, al parecer, de tan alto copete. Le admiraba que aquellos rumbosos desconocidos encaminasen los pasos hacia su escondida vivienda.

— Buenos días, Blas, –dijo el del alto peinado y larga perilla.

— Muy buenos los tenga usté –contestó Blas, sin salir de su perplejidad, pues le parecía extraño que aquel desconocido lo tratase con tanta familiaridad y que conociese su nombre.

— ¿Ya no te acuerdas de mí? –le preguntó con voz persuasiva el forastero vestido de negro.

— Pos, la verdá es que no sé a quién tengo el gusto de conocer, pero quien quiera que usté sea, sepa que en la medida que yo pueda, le serviré con mucho gusto.

— Claro, ha pasado tanto tiempo, y has vivido tan bien durante estos años, que ya no recuerdas que me firmaste un papel en blanco aquella noche que te arruinaste jugando a la baraja en un reservado del casino. Era tal tu desesperación que intentaste suicidarte en los urinarios. Y lo hubieras hecho si yo no lo hubiese evitado. Aquella misma noche, después de firmarme el contrato, volviste a la sala de juego y le ganaste a todos los que se atrevieron a jugarse una partida contigo. Después, has tenido tierras, vacas, mozos a tu servicio, buenas cosechas y salud. Mucha salud. Tal ha sido tu poder que ni siquiera la envidia de tus muchos vecinos ha podido hacer mella en tu persona. Cualquier favor hace un esclavo a quien lo recibe, pero peor que esta esclavitud al bien recibido es la mezquindad de quien lo olvida. Y eso es lo que observo en tu falta de memoria –dijo el Diablo muy sensato.

¿Quién es usté, que así me habla con palabras que no entiendo, pero me causan pavor con solo oírlas? –interrogó Blas al imperturbable desconocido.

— Yo soy Mefisto; y las pruebas de tu condenación las traen intactas y guardadas en sus maletines mis dos ayudantes, tan diablos como yo. Recuerda que solo me pediste riquezas y salud, rehusando a los hijos por evitar mi satánica semilla. ¿Mefisto? ¿Mefisto ...? ¡Qué nombre más raro es este! Jamás por estos pagos se bautizó a nadie de manera tan caprichosa, –dijo Blas.

Juana la Foronda, todos oídos, y más aguda que su marido, acababa de enterarse por el enlutado, que no era otro que el mismísimo Diablo en *persona;* y que aquellos años de felicidad y bienestar habían sido comprados por su marido, ahora tahúr arrepentido, por el valor de su alma. Pero Juana no se arredró tan fácilmente. Y, con astutas palabras, pidió al Diablo una oportunidad, pues quien había dado 50 años de plazo, bien podía conceder unos minutos a su insignificante petición. Solo esa merced pedía con el compromiso de correr la misma suerte que su marido por tan señalado favor.

— Tú dirás qué me pides, –dijo el Diablo, todo codicioso. Pues solo vino a por el alma de Blas y ahora, según sus aviesas intenciones, tenía la posibilidad de llevarse también la de Juana, su mujer.

— **Solo enderezar unos pelicos como este** –no dijo **cuántos-**. Y sacando un **pelín negro, corto y anillado, prosiguió:** ¿Tiene bastante tiempo con un cuarto de hora?

— ¿Un cuarto de hora ...? ¡Je, je, je! (El Diablo se rió). Esto lo enderezamos antes entre mis ayudantes y yo. Pero haremos tiempo, que tampoco nos come la prisa, y siempre nos ha gustado, tanto a mí como a mis servidores, ser obsequiosos con las mujeres. Y **-je,** je, je- **los** tres diablos se reían a coro burlonamente.

Entonces, Juana la Foronda, poniéndole al Demonio en la palma de la mano aquella brizna de pelo, les dijo que ya podían empezar su trabajo que ella, mientras, se iría a empinar la olla, mejorando el guiso, por si les apetecía quedarse a comer con ellos ese día. Les sacó tres sillas a la sombra de la morera para que estuvieran más cómodos en su faena.

Juana seguía metiendo tizones bajo la hornilla en tanto que tarareaba coplas con las que se acompañaba en sus tareas domésticas.

El Diablo se puso el pelo en la palma de la mano. Mientras un ayudante cogía un extremo del pelo y el otro lo estiraba, el Diablo lo humedecía con saliva por ver de mantenerlo rígido. Pero tan pronto se oreaba, el pelo, como si tuviera nervio, se encogía. Así estuvieron toda la mañana haciendo probaturas y, el pelo, como un rebelde y un negado, encogiéndose siempre.

Ya con la lengua pegada al paladar de tan reseca, los diablos pidieron una vasija con agua para poder seguir su trabajo, pues les iba en ello dos almas para su endiablada causa.

Juana les trajo una zafa a rebosar. Aparte, les preparó también una limonada con agua de aljibe, que la daba dulce y fresquísima. Y siguió canturreando por la casa.

El día se iba, y el sol trasponía por lejanos montecillos de Cabecicos Negros y Campotéjar. Nada habían adelantado en su afanoso trabajo. Habían gastado el agua de la zafa y los diablos seguían desesperados sin poder enderezar el primer pelo que les había dado por la mañana Juana la Foronda.

-¡Ni **que estuviera** vivo!- se **decían a trío los tres sorprendidos diablos.**

Llamaron a Juana un poco mosqueados y le preguntaron qué cuántos pelos como aquél tenían que enderezar todavía.

— No muchos **-dijo** Juana. Y levantándose la falda (no llevaba bragas) se dejó ver todo el monte de Venus, más espeso y arraigado que un atochar.

— Tuya es tu alma, y también la de tu marido, ya que me las has ganado ambas en buena lid. Pues no hay bienaventurado que pueda enderezar ni un solo pelo de tan frondoso pelunchón, cuanto menos tres pobres dimontres como nosotros. Ahora bien, para que veáis mi buen ánimo hacia vosotros, os ofrezco otros 50 años de larga prosperidad y salud **-aña**dió muy formal el Diablo.

— ¡Jesús, María y José! ¿Usté se burla, señor Mefisto? ¡Dios me libre de volver a empezar!

Aún no había Juana la Foronda acabado con unos conjuros e invocaciones, cuando los tres diablos se convirtieron en emboriadas sobras que poco a poco fueron desapareciendo dejando en el aire un como olor a mixtos de trueno, un tufillo a cuerno quemado.

Juana, con su pachorra y fina astucia, había burlado al Diablo.

Francisco Sánchez Bautista

La Verdad, 11/01/2019

PEDRO, AMIGO INOLVIDABLE

Cómo recuerdo que fuiste el caballero inconfundible que paseaste por nuestras calles despistado, pero atento a todo cuanto pasaba a tu alrededor. Solo por eso despertabas la curiosidad del más indiferente ciudadano.

Pedro Soler y Sánchez Bautista en el festival Deslinde de Cartagena, en 2017.
FOTO: **J. ALBALADEJO**

Pedro Soler, amigo inolvidable, como siento tu muerte, tu ausencia, tu generoso gesto y tu prestancia, cosas que no volverán a repetirse. Pero me quedo con tu imagen que seguirá en mi memoria mientras viva.

Como recuerdo, amigo, que fuiste el caballero inconfundible que paseaste por nuestras calles despistado, pero atento a todo cuanto pasaba a tu alrededor. Solo por eso despertabas la curiosidad del más indiferente ciudadano.

Cuantas veces se habrá dicho que la Muerte es ese misterio que desconocen los vivos, porque no hallan respuesta de los que se fueron al pacífico y silencioso reino del olvido. Sin embargo, nos conturba pensar en ella, aunque la clarividente sensatez de Quevedo decir "tener más de caricia que de pena".

Sí, amigo Pedro, tú eres un hombre frondoso y pleno de vida como el río y las norias de Abarán, tu querido pueblo donde tu alma y tu espíritu se forjaron.

Que el lugar que ahora habitas te sea tan grato, como aquel que gozaste durante tu infancia, a la caricia de tu tierra natal y al amor y al amparo de la heredad paterna.

¿Qué otro lugar más halagador puedo desearte, amigo inolvidable?

FRANCISCO SÁNCHEZ BAUTISTA

LOS EMIGRANTES

SE sabían la patria de memoria.
A veces, cuando hablaban,
un borbotón de pueblos y lugares
se les volvía amor, viva sustancia.

Palmo a palmo sabían
la tierra de la vid y la cañada
donde crece el almendro, y la rojiza
tierra para el olivo.

Recordaban
rabiosamente, doloridamente,
esta vieja península de paz áspera,
pasional y violenta, multiforme,
con sus mares, sus ríos, sus montañas,
sus hortales, sus yermos,
su hermosura total, mientras dejaban
poblarse su entrañable toponimia
con pagos de su infancia.

Hombres de tierra dentro
(Tarancón, Talavera, Torquemada,
Cariñena, Cañete, Cantalejo)
y andariegos del Sur y gentes bravas
de Murcia y Almería
(Lorca, Fortuna, Iznalloz, Mojácar)
sobre la Europa Verde
iban dejando vidas y ganancias.

Bebían vino a secas
y el corazón hablaba.

El mar. La tierra. Pueblos
y pueblos. Blancas tapias
de cal, azules agresivos; secas
barranqueras peladas,
verdores y contrastes;
luminosas acequias de aguas claras,
España toda les venía a boca
como una estimulante fruta amarga.

Era una fiesta oírles.
Hablando de sus tierras se pasaban
las horas muertas, como
si el tiempo no pasara.

Recordaban que en Murcia
es sangre la naranja,
la cereza, el pimiento...
Recordaban
que el limón en un júbilo
amarillo y picudo entre las ramas.

Exaltaban el Sur, Extremadura,
las verdes Vascongadas,
los bravos Pirineos
(recorrían de cabo a rabo el mapa)
y por Castilla abajo
entraban en La Mancha.
Y allí, donde el buen vino
y el buen gazpacho hablan
gastronómicamente por sí solos,
entre trago y tajada,
simulaban hablar con los labriegos
de cepas y tinajas.

Todo esto repetían
una y mil veces más. (Nunca se cansa
del objeto el amante).
Se les hacía un nudo en las gargantas
y les subía el mar todo a los ojos
Ahogándoles el alma.

Se miraban las manos
tan implacablemente trabajadas,
tan duras, tan humildes
y tan abarcadoramente humanas.

En sus mentes surgían los caminos
bajo la luz deslumbradora y cálida.

Por su amorosa sangre, velozmente,
trenes y barcos caminaban
con afán de regreso.
¡Y un hondo afligimiento les ganaba!
Se llenaban de cables, de señales,
de urgentes telegramas,
de estelas, de gaviotas,
de cantiles, de barcas,
de mil sendas marítimas, terrestres,
aéreas, ansiosamente imaginadas.

Y se hacía el silencio. Porque hablando
se les subía a la cabeza España.

Francisco Sánchez Bautista
(*Razón de lo cotidiano*, 1968)